

las palabras: *Verbis tuis facito stateram.* (Eccl. 28.) ¿Y qué peso puede haver para pesar las palabras? La Cruz, la Cruz, que peso la llama la Iglesia: *Statera facta corporis.* Pues por eso la ponemos en la boca, para que sea el peso de nuestras palabras. La Cruz tiene los dos brazos derechos, que quiere decir, que tanto hemos de querer para el proximo, como para nosotros mismos. Así, pues, por qué ha de pesar mas contigo el gusto de decir el dicho picante, ò la palabra torpe, que la ofensa, que con él haces à tu proximo, ò el escándalo? ¿Por qué ha de pesar mas contigo la ira con que echas maldiciones, ò el encono con que murmurar, que el daño que haces à tu proximo en la vida, ò en la honra? Sean iguales los brazos de esa Cruz al pesar de las palabras. A tu proximo, como à tí mismo. Asistia un Sacerdote Cathólico à un convite de Hereges Calvinistas; y de estos, uno maspreciado de decidir, empezó entre los manjares à decir por chanzas blasfemias contra los Sagrados Ritos de nuestra Cathólica Religión. Celebrabanlo con grande risa, y aplauso los otros, y à todo estuvo callando el Cathólico. Levantaron la mesa, y todavia profeguia aquel en sus blasfemias, haciendo risa de que nos hagamos la señal de la Cruz. Entonces, levantandose el Cathólico: Hasta aquí he callado, dixo, porque yo fui convidado à comer, no à disputar; mas yá que tanto blasfemas (dixo levantando la mano, y haciendo sobre el Herege la señal de la Cruz) en el nombre de Jesu-Christo te mando que calles, no abras mas la boca. Al punto, como si la Cruz fuese un sello de diamante, le dexó del todo mudo, que en su vida no habló mas palabra. (Rayn. p. 2. *Het. fol. 200. & 201. t. 16.*) ¡Oh, cómo debe temer que así lo castigue la Cruz, quien haciendo la Cruz en la boca, todo el dia gasta luego en maldiciones, juramentos, murmuraciones, y deshonoras!

La tercera Cruz hacemos en el pecho, dice el Catecismo, porque nos libre Dios de las malas obras. Es nuestro corazon como la fuente de nuestra vida, el origen tambien, y el manantial de nuestra muerte. De él brotan los raudales de veneno, que nos atosigan, las lascivias, las verganzas, los hurtos, los homicidios. Dentro del corazon se fraguan para la destruccion de el mismo que los fábrica. Quién tal pensara, que nuestro mismo corazon, ese, ese es nuestro mayor enemigo, y mas perverso que el demonio! Pues por eso le hacemos la Cruz. ¿Y qué intentamos con eso? Miren: Es el corazon la casa de la moneda de toda la República de un hombre. De allí corre como hácia lo vital en la sangre el sustento à todo el cuerpo; así hácia lo christiano todo el valor, y el precio en las obras. Ahora, pues, poniendo en el corazon la Cruz, qué hacemos? Poner el cuño, con que ha de salir acuñada toda la moneda de las obras, con que hemos de comprar el Cielo: *Pone me ut signaculum super cor tuum.* Le dice el Esposo à su querida: Ponme sobre tu corazon como un sello, como un cuño, en donde

se han de ir acuñando todas tus obras con la señal de la Cruz, dixo Theodoro: *Ut notam ipsius Crucis in omnibus factis imprimamus.* Eso es el hombre, dixo S. Agustín, una moneda de Dios, que si tiene precio, si tiene valor, todo lo tiene por la Cruz: *Nymmus Dei est homo imaginem habens Dei, & quidem Crucifixi.* (Aug. tract. 40. in Joann.) Ahora, pues, diganme: Si de esa casa saliera la moneda, por una parte con la Cruz, y por la otra, no el Castillo de nuestro Rey, sino las Armas del Gran Turco, una media luna, admitieran esa moneda? ¡Oh, que fuera un delito gravísimo! Pues así son las obras buenas; pero hechas en pecado mortal, ¿qué importa, que por una parte muestren la Cruz, si por la otra llevan gravadas las armas del demonio? No sirven, no tienen valor: *Ejici*, dixo S. Ambrosio, *ejice de numismate anima tua imaginem diaboli, & attolle imaginem Christi.* (Amb. l. 1. Off. c. 49.) Mas si la moneda llevara mucha mas liga de la que permite la ley, aunque tuviera la Cruz, correria? No por cierto; y pues así son las obras, que parecen buenas, y llevan la liga de intentos muy torcidos: Las que parecen limosnas, y son atractivos de deshonestidad; la que parece zelo, y es venganza: la que parece devocion, y es galanteo; la que parece humildad, y es ambicion. ¡Oh, qué moneda! Oh, qué obras todas perdidas! y que en lugar de tener precio, merecen gravísimo castigo. Mas si la moneda, aunque tenga la Cruz, y el Castillo, fuera de plomo, ò de estaño, valdria? Nada. ¿Pues qué importa, que al entrar en la Iglesia, al empezar la Misa, al empezar la Confesion hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz, si luego, la que havia de ser plata de devocion verdadera, es plomo de una atencion muy divertida? si luego el que havia de ser oro de una finisima contricion, no es sino estaño de un falso proposito? ¡Ah, Confesiones! Ah, Misas! Ah, obras fantasma! Todas sin valor, todas monedas perdidas, porque sois de plomo, habiendo de ser de plata: porque habiendo de ser de oro, sois de estaño. Pues entendamos, que à eso nos obliga la señal de la Cruz en el pecho, à que nuestras obras, para tener valor, y precio, tengan las calidades de la moneda, que sean segun la ley en la liga, en la materia, y en el sello. Mas me detuviera aquí, y era menester; pero yá es tarde; hagamos, pues, la señal de la Cruz en el pecho, de modo que nos acordemos, que nos empeña esa Cruz à las buenas obras. A S. Juan Romanense le llegó à pedir limosna uno de los muchos que suele haver, que parecia pobre, y no era sino holgazán, y ocioso. Conocióle el Santo, y dióle una gran limosna, que fue hacer sobre él la señal de la Cruz. Gran limosna por cierto! Sí, porque al punto se sintió aquel tan alentado, tan libre de la floxedad, y tan deseoso del trabajo, que aplicandose à él, no hubo menester mas en su vida pedir limosna. (Rayn. 2. *Het. t. 16. f. 199.*) Valgame Dios! Y si huviera en México quien tuviera esta gracia de hacer la Cruz à tantos ociosos, ¡qué de ellos se remediaran! Pero como

todos les hagan la Cruz, echandolos de sus casas, ellos se aplicarian al trabajo.

Y si tantas virtudes, tantos provechos, y tanta utilidad tiene la Cruz, yá no es menester preguntar, ¿quándo es bien usar de la señal de la Cruz? En todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, nos dice S. Geronymo. (Ep. 1. c. 8.) porque en todos tenemos peligros. Los antiguos Christianos todas las horas al sonar el Relox, se hacian la señal de la Cruz; y bien es menester al levantarse, para que nos defienda de los peligros del dia. Al salir de casa, para los muchos riesgos de las calles. Al entrar en casa, para las impertinencias de la familia. Al comer, para que no sea dañoso el sustento. Al ir à dormir, para que nos libre de los sueños, y fantasías torpes. En todas nuestras necesidades, ahora en la enfermedad, ahora en la salud, que en cada una de estas cosas, pudiera referir innumerables milagros de la señal de la Cruz. Pero por sernos mas temeroso el peligro de las tempestades, y rayos, para que nos alentemos con la señal de la Cruz, refero solo este prodigioso suceso.

Cuenta el P. Adriano Lyrio, de nuestra Compañia, (Lyr. *Jesu Pat. l. 4. c. 1. f. 170.*) hubo en Inglaterra un mancebo, que juntado à la primera nobleza de su sangre el lustroso agregado de relevantes prendas, quanto se ganaba en todos de estimacion, y de aplausos, aumentaba la lástima en los Cathólicos, viendole tan rematadamente ciego entre los perversos errores de la heregia, que nada havia podido à defengañarlo, ni persuasiones, ni argumentos; y entre los demás errores, uno era hacer mofa, y risa del santo uso de hacernos la señal de la Cruz; mas yá que nada bastaba en la tierra, tomó à su cargo el Cielo el defengañarlo. Salió una vez al campo à divertirse, y quando mas en lo escampado, empieza el ayre à entoldarse de nubes, las nubes à espesarse en tinieblas, y las tinieblas à desabrocharse en rayos: y quando estos, alcanzandose en el estallido, caían, que se cruzaban, el mancebo, sin formar ni una Cruz, antes se divertia riendose de las llamas. Sordo al grito de Dios, el que à sus luces ciego, mas presto le habló con mas claridad el aviso, porque desprendido un rayo de la esfera, en un punto lo envolvió entre sus llamas, lo ciñó de sus luces, y lo aterró con sus estruendos: de modo, que dexada la risa, lo cubrió en un punto de pálido pavor el miedo, con que aun à sí mismo se preguntaba por su vida, creyendose yá muerto. Pasó el estruendo, volvió del susto, hallóse arrojado en la tierra, y al mirar sus vestidos (¡oh, prodigio!) con un admirable artificio vió que la llama le dexó por toda la capa, y por el vestido todo, pintadas unas Cruces de fuego, que formando una labor muy agraciada, le decian, que agradeciese à aquellas Cruces no haverlo hecho cenizas las llamas. Atonito à tanta maravilla, no solo se convirtió à nuestra Santa Fé Catholica, sino que retirandose à un Santo Monasterio, retrató mejor

en su santa vida las Cruces que el rayo le havia pintado en la capa. Y así, aun nuestros mismos enemigos, y obligados de Dios, nos enseñan à buscar en la señal de la Cruz nuestra defensa. ¡Oh, Cathólicos! No se aparte la Cruz de nuestros corazones en el amor, de nuestras acciones en la imitacion: tengamosla siempre, no solo en el alma para la veneracion, sino en las manos para la defensa, para el patrocinio, y para la gracia.



## PLATICA XI.

### DE LA PRIMERA OBLIGACION del hombre, que es buscar su fin.

A 22. de Junio de 1690.

SIN determinar algun fin adonde se encaminen las acciones, no se pueden lograr los aciertos: En eso nos distinguimos los hombres de los brutos, en que si un bruto no atiende mas que à lo presente, sin que le mueva éste, ò aquel fin, sino solo el general instinto à su conservacion, ò el particular antojo à su apetito; el hombre no hace accion, que no la encamine por medio para conseguir algun fin. Aplica el Labrador sus fatigas, para lograr la cosecha: el Mercader sus compras, para conseguir su ganancia: El Oficial sus tareas, para asegurar el sustento: el estudianto sus desvelos, para adquirir la fabiduria: el Pretendiente sus reverencias, por llegar al puesto. Y así, cada uno à su fin, vá proporcionando los medios; pero no siendo ese fin el ultimo, si el Labrador, si el Oficial, si el Mercader no atienden mas que à la ganancia, al lógro, al sustento, y de ahí no pasen à buscar por esos medios el fin ultimo, muy poco se distinguen de los brutos, les dice Seneca: *Vita proposito sine carens insigne stultitie argumentum est.* Porque, ¿qué mayor necedad, que malograr, y perder todos los medios, por no encaminarlos à algun fin? Si un Piloto se entregara à los mares, sin llevar determinada derrota, sin fixar el puerto adonde encaminaba su viage, ningun viento sería favorable; porque si el viento sopla à encaminar à España, y él no lleva ese intento, el viento no le sirve: si sopla à encaminar à la India, y él no lleva esa derrota, no le aprovecha: si sopla à encaminar à las Indias, y él no busca esos puertos, no le es viento favorable: en fin, todos los vientos serian para ese Piloto perdidos, porque como él no determina puerto, que sea el fin de su viage, por mas que sean los vientos favorables, no le sirven. Es la comparacion, como dice Seneca: (Epist. 71.) *Ignoranti, quem portum petat nullus suus ventus est. Necessesse est multum in via nostra casus possit, quia vivimus casu.*

Yá, pues, Christianos, entramos al mar peligrroso de esta vida, embarcados por nuestra dicha en la segura Nave de la Iglesia, bien arriada al árbol mayor de nuestra Fé con las jarcias de la Caridad, pertrechada con las tablas de los Divinos Preceptos, y prevenida con el ancla de la Esperanza, y bien pertrechada con todas las armas, que bastan para echar à huir à nuestros enemigos. Tenemos favorables vientos del Espíritu Santo, prevenidos sus auxilios, apercebidos sus Sacramentos. ¿Pero cuál es el fin adónde vamos? à qué se encaminan todos estos medios? que si no nos determinamos à buscar con ellos nuestro fin, ván perdidos todos. Por eso, pues, el Catecismo, antes de entrar à explicarnos los innumerables medios, que en la Doctrina Christiana tenemos para conseguir nuestro fin, quiere que sepamos cuál es ese fin, para que así logremos, encaminando à él todas nuestras acciones, que todos los soberanos Mysterios de nuestra Fé, todos los Mandamientos Divinos, à que nos obliga la Caridad, todas las oraciones, y peticiones que hace nuestra esperanza, toda la gracia de los Sacramentos, todos los socorros de la gracia, y en fin, toda la vida del Christiano, aquí se reduce toda, aquí se cifra, y à eso se encamina, à conseguir nuestro ultimo fin. Pues por eso pregunta: *¿A qué está obligado el hombre primeramente?* R. *A buscar el fin ultimo para que fue criado.* ¡Oh, qué pregunta! y qué respuesta! que si acabáramos en esto con la debida consideracion, esto solo bastará para hacernos santos. Yá, Padre; pero si lo hemos de considerar, antes que pasemos de aquí, tengo una duda, y es, ¿que por qué añade, à buscar el ultimo fin? En esta palabra reparo, porque si es fin, claro está que ha de ser ultimo: ¿no está claro? y si no, decidme: ¿qué fin lleva el Labrador en arar la tierra, en sembrar la semilla, en echar el riego, en escardar, y limpiar el trigo? Padre, todo eso es à fin de lograr la cosecha: bien, ese es su fin, no hay duda; ¿pero esa cosecha para qué la quiere? Tiene deudas, ha menester pagarlas; tiene familia, ha menester sustentarla. Bien: luego yá la cosecha que antes era fin, yá ahora es medio para conseguir otro fin? Luego el coger la cosecha, aunque era el fin de sus trabajos, pero no era el fin ultimo; pues no parando solo en cogerla, la encamina luego à otro fin. Llámase, pues, fin ultimo, solo aquel que no encaminándose à otro fin, en él solo pára el entendimiento, descansa el corazon, se sosiega la voluntad, se satisfacen todos los deseos, se quitan todas las ansias, y el alma toda reposa en una plenitud de bien, donde nada le falta: en una quietud tranquila, donde nada la turba: en un descanso seguro, donde nada hay que la fatigue: en un gozo perenne, donde nada puede haver que la aflija: y en un colmo de todo quanto puede haber en la voluntad, en el corazon, y en el deseo, que es infinito. Pues este es, este es el fin ultimo, que ni puede ser medio para buscar otro fin, porque todo le sobra, ni puede haver fuera de él otro fin, porque nada le falta.

Yá, pues, alma, tu primera obligacion es buscar este fin ultimo para que fuiste criada: buscarlo digo, con el entendimiento, para conocerlo, y buscarlo luego con las obras, para alcanzarlo. Dime, pues: ¿quántas veces te has puesto à pensar esto? Para qué fin me sacó Dios de la nada, pudiendo haverme dexado en lo que yo era ahora cien años? Nada, nada. Para qué fin, no solo me dió sér, sino ser hombre, pudiendo haverme hecho bruto? Para qué fin me dió esta alma, cuya nobleza yo en mí mismo la siento? Para qué fin me dió este espíritu, cuyo vigor, yo en mí mismo lo reconozco? Para qué fin me dió este entendimiento, esta voluntad, esta memoria, potencias tan generosas, y tan nobles, que vuelan à penetrar lo mas escondido, lo mas retirado, lo mas alto: que abrazan con el amor lo mas hermoso, lo mas agraciado, lo mas apacible, lo mas bello: que me ponen delante con los recuerdos, lo que atesoran los libros de noticias, lo que alcanzaron los mas sabios con discursos, y con experiencias, y lo que han revuelto los siglos en la continúa carrera de sus años? Pues esta alma tan noble en sus acciones, tan prodigiosa en sus potencias, y tan del todo admirable en la capacidad con que aquí metida dentro de un fragil cuerpo todo lo penetra, hasta esa maquiñosa dilatacion de los Cielos; todo lo alcanza, hasta esos estendidos espacios de los mares, y lo abraza todo, quanto contiene el globo vasto de la tierra: ¿Pues para qué me la dió Dios? Alma mia, cuál es tu fin donde has de tener cabal, y lleno de tu descanso? Hasta aquí, aun los Gentiles, aun los Bárbaros se hacian esta pregunta; y saltandoles la luz de la Fé, dice S. Agustín, (*lib. 19. de Civit. Dei, cap. 1.*) que llegaron à docientas y ochenta y ocho opiniones, sin acertar ninguna à determinar, *qué es el fin para que fue criado el hombre.*

Pero nosotros los Christianos, aun tenemos mas que preguntar, buscando nuestro fin. ¿Para qué fin, despues de criarme Dios con una alma tan noble, me quiso poner en su Iglesia, pudiendo haverme dexado en medio de la Gentilidad? Para qué fin me enriqueció con tantos Sacramentos? con tantos auxilios? con tanta gracia? Para qué fin me dexó la norma à mis acciones con tan santos preceptos, con tan saludables consejos, con tan provechosos avisos? Alma mia, cuál es tu fin, donde han de sossegar tus inquietudes? donde se han de faciar tus deseos? donde han de descansar tus ansias? No te hizo Dios acaso, que su infinita sabiduría no sabe obrar así. Pues sí, para algun fin te hizo Dios. No te hizo tan noble, que en tu espiritual pureza compites con los Serafines, para que fueses tú fin igual con las piedras, con los troncos, y con los brutos. No te hizo tan capaz, que alcanzas mas allá de los Cielos, que abrazas las esferas, para que fuese tu fin tan estrecho, como es el Orbe de la tierra, por mas que se dilate. ¿Pues para qué te crió Dios hombre? Solo para ser? Eso tienen las piedras, y eres tú mejor. ¿Solo para crecer? Eso tienen las plantas, y eres tú

tu mas noble. ¿Solo para vivir? Eso tienen los brutos, y eres tú superior à todos.

Y ya, si por tus cuidados, si por tus deseos, si por tus inquietudes, si por tus ansias hemos de buscar tu ultimo fin, ¿dime, te crió Dios para que en los deleytes atiendas solo à tu regalo, à tu comodidad, y à tu gusto, para que sigas los antojos de tus apetitos? No, que en el comer, beber, y dormir, solo una bestia halla descanso; pero un hombre, aun con esa misma abundancia, ¿qué congoxas no padece en el espíritu? qué aprietos en el corazon? qué queiebras en la salud? qué achaques, qué enfermedades, y qué dolores? Luego esse no puede ser su fin, pues que en él no tiene descanso. ¿Te crió Dios solo para cuidar de tu hermosura? solo para atender al aliño? y solo para estar pensando de día, y de noche en la gala? No, que en esto aun las florecillas del campo te hicieron mil ventajas, pues en ella, sin tanta fatiga, sin tanto cuidado campean hermosas, se ostentan lucidas, y lucen en sus propios matices galanas. Sí; pero presto se marchitan, no es mas durable tu hermosura, juguete de la enfermedad, y del tiempo. Luego esso no puede ser tu fin, pues que despues de tus cuidados no puedes en él tener firmeza que te asegure. ¿Te crió Dios para que soltando la rienda à tus pasiones, busques en el torpe amor tu gusto? Pongas en los paseos tu diversion, y solícites en las conversaciones, y en las visitas tu descanso? No, que ellas mismas te avisan con las congoxas, con las inquietudes, con las sospechas, y con los zelos, llenandote de amargura, que no es allí donde han de descansar como en tu fin ultimo. Pues si ninguno, ninguno de los gustos del cuerpo, ni de los placeres del apetito te dá descanso; luego ninguno de todos estos gustos puede ser tu ultimo fin, donde has de tener cabal, y colmado el consuelo. Convidaron unos amigos suyos à un mancebo llamado Rolando, à un festejo que tenían prevenido, diciendole, que se holgarian mucho. Asistió aquel; pero en medio de las musicas, de las danzas, y de los banquetes, no hacia sino preguntar con gracia à sus amigos: *¿Pues cuándo nos holgamos?* Andaba la diversion, el gaudete, la risa; y él volvía: *¿Cuándo nos holgamos?* Este desengaño le bastó para dexar el mundo, y hacerse un exemplar de virtudes en la esclarecida Religion de Santo Domingo. Oh, como se puede hacer siempre esta pregunta en medio de los mayores festines, y banquetes del mundo: *¿Cuándo nos holgamos?* Porque en medio de los que padecen placeres, el corazon ya en cuidados, ya en memorias, yá en achaques, yá en sustos, por un instante de placer vuelve muy malos ratos de amargura: Luego esse no puede ser tu fin, Christiano.

Pues busquemos esse fin por otro lado. ¿Si estará en tener muchas riquezas, en acumular muchos millares, en gozar familia numerosa, casa opulenta, posesiones amplias? Oh! respondanlo, y hablen verdad los que la tienen. ¿Qué cuidados para mantenerlas, qué miedos, qué sustos, qué temores de que no se pierdan, qué ansias por aumen-

tarlas? Y en todo esto, ¿qué amarguras de día? qué desvelos de noche, y de día? y de noche, qué inquietudes? Y despues de todo, si atormenta un dolor, si se agrava uu achaque, si la muerte llega, ¿qué aprovechan esas riquezas? de qué sirven? qué valen? Nada, nada. ¿Pues cómo será tu fin, hombre, el que tantas congoxas te causa? el que tan poca seguridad tiene? el que de la mayor desdicha no te libra? y el que en el mayor aprieto no te vale? Estando ya à la muerte un rico, refiere Raulino, (*t. 1. de Mor. c. 5.*) hizo traer delante de su cama todo el oro, plata, y joyas que tenia, que era mucho, y deciale à su alma: alma mia, mira todo lo que te he adquirido para tu regalo, no te vayas, alegrate, y diviertete. Mas no por esso cesaban un punto; antes iban creciendo sus congoxas, por mas que él le repetia aquellos consuelos. ¿Es posible, le instaba, que pudiendo gozar todo esto, así lo dexes, así te vayas, y así me aflijas? Nada bastaba, y el dolor crecía. Hasta que viendo que no tenia ningun alivio, volvió diciendo à su alma: puesto que no te quieres quedar, ofreciendote toda esta riqueza, acaba de salir con cien mil demonios. Así fue, porque espiró al punto. ¡Oh Dios! Y habrá quien en las riquezas ponga todo el fin de sus cuidados?

Ea, busquemos nuestro fin por otra parte. ¿Si acaso estará en las honras, en las dignidades, y en los puestos, à que tantos con todas sus ansias anhelan, y que por alcanzarlos tan viles supercherias sufren? ¡Oh, Dios! ¿Cómo puede ser fin adonde el corazon descansa, una subida tan empinada, que apenas dexa respirar el aliento con el tropel de los negocios? Una subida tan áspera, que apenas permite dar un passo, oprimiendo con el peso intolerable de los cuidados, de las impertinentes visitas, y de los ceremoniosos cumplimientos? Una subida tan peligrosa, que en un puntillo se tropieza, y en un punto se pierde la honra, y todos à la mira con la fíga, con las murmuraciones, y con la risa? Una subida tan estrecha, que ni ha de volver la cabeza, porque no digan: que ni ha de dar un passo mas, porque no hablen: que ni ha de hablar, porque no piensen? Y entretanto, todas las atenciones, todos los sustos, à cuándo me precipito, à quando caygo? ¡Ah, vil esclavitud, que te llamas mando! Ah, intolerable remo, que te llamas puesto! Ah, honras, que todas sois viento! y ah, dignidades, que todas siendo montes para oprimir, sois humo para volar! No entendí yo nunca, decia el Santísimo P. Urbano VII. al ponerse el Roquete Pontificio de un muy delicado cambray, no entendí yo nunca que un lienzo tan delgado podía tener en sí un tan intolerable peso. ¿Pues cómo con tanta carga de pesadumbres podrán las honras, y las dignidades ser el fin de nuestro descanso? Abris una caja; no hay duda: está vacía; mirad que no, que está llena de ayre. Esto ya yo lo sé; pero como esta caja no se hizo para guardar ayre, digo que está vacía, y decid bien. Pues, hombre, si no te hizo Dios para que seas arca de viento, ¿cómo no has de estar vacío con todo el viento de las honras?

Ahora, Christianos: antes de hallar el fin ultimo que hoy buscamos, pongo fin à esta Doctrina con una parábola, que servirá de exemplo, y la refiere el piadosísimo Juan Raulino; (*t. 1. de Morte, c. 16.*) dice: que en cierta Ciudad, un Poderoso, estando à la muerte, hizo su testamento con una cláusula estraña, y rara; porque dixo, que instituía por heredero de su hacienda toda, que era mucha, al hombre que se hallára mas necio; y para esto les tomó juramento à sus Albacéas, de que lo cumplirían así. Dicho de necio, dirán, yá lo oygo. Pero vén aquí puestos en una gravíssima dificultad à los Albacéas, sobre determinar quien sería el heredero, porque necios à cada passo los hallaban; pero como havia de ser el mas necio, no era facil entre muchos necios determinar qual lo era mas. Visitaron muchas clases de necios, que no hay ahora lugar de referirlas; y continuando en sus diligencias, llegaron à una Ciudad, à cuyas puertas, entre muchedumbre de gente, y Ministros de Justicia, encontraron à un miserable hombre, que desnudo, y maniatado lo llevaban à ahorcar. Preguntaron al punto, que por qué? Porque este año acaba de ser Gobernador de esta Ciudad. ¿Por esso? Pues ha cometido algunos delitos? No señor; pero es ley que aquí hay, que el año que cada uno gobierna, se le dé gusto en todo quanto pidiere, y mandáre; que sea muy servido, y obedecido de todos; pero en cumpliendo el año, al punto sin remisión alguna, lo saquen fuera, y lo ahorquen, y esso vamos à executar. ¿Fuego, esso hay? Y con esso hay alguno que quiera entrar por Gobernador? es imposible, es imposible; porque ¿quién havia de querer esse Gobierno, aunque fuera de todo el mundo, habiendo tan presto de acabar su Gobierno en una horca? Y así no tendreis yá quien sea vuestro Gobernador. ¿Cómo no? entren en la Ciudad, y lo verán. Entraron, y vieron à uno, que con grandes ansias, diligencias, regalos, y dineros pretendia el Gobierno. ¿Esto sucede? dicen atonitos al verio: ¿tal hombre puede haver en el mundo? Pues ya no tenemos mas que cansarnos. Este, este es el mayor necio que hay, ni puede haver en el mundo. Y al punto le entregaron toda la herencia. Padre, me dirán, ¿dónde sucedió esso? Saben dónde? Aquí está sucediendo hoy, y está sucediendo en todo el mundo. Aquel poderoso que hace su testamento, es el mundo, que cada dia se vá muriendo: *Testamentum hujus mundi*, que dixo el Espiritu Santo: Dexa por heredero de todos sus bienes al mas necio. ¿Y quién es este? Tú, y yo, que sin mirar que todas las cosas del mundo, que todos sus deleytes, que todos sus gustos, que todas sus riquezas, y que todas sus honras no son mas que una horca, que infamemente ahoga, y que vilmente mata; con todo esso las buscas con tantas ansias, que por ellas olvidas el nobilíssimo fin para que Dios te crió: pues si nada puede de todo lo criado llenar nuestro corazon, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, à darle descanso cumplido à nuestra alma; nada fuera de Dios, es el fin para que fuimos

criados: busquémos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud, y nuestra Gloria.



## PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS criados, que es solo Dios.

A 29. de Junio de 1690.

SI fuera tan facil de conseguir, como es facil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen, y lo que todos buscan; nadie havia que no fuese cabalmente dichoso. Prometióles en Atenas un Farsante à sus oyentes, que à la primera vez que se juntasen en el Theatro, les havia de ir adivinando à cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promessa fue esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad, y se apiñó de innumerable gente el concurso. ¿A vér cómo adivina? A vér que nos dice? Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por esso fuele ser tan poco el provecho. Yá juntos, y yá con los deseos impacientes, quando por oírlo adivinar no chistaban sus atenciones, el taymado, despues que puesto en el Theatro, les dió bien à desear su adivinanza, con mucha locarra les dixo: ¿Ea, qué vá, y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: *Omnes vultis vili emere, & caro vendere*: todos quereis comprar barato, y vender caro. ¿No es así? Miraronse los unos à los otros, y assomandoseles la risa à confessar la verdad: acertó, acertó. Debía de ser despacho de Flota, si es que para esto son menester despachos, los unos à comprar barato, los otros à vender caro. Esso teneis todos en vuestros pensamientos. Acertó, gritaba el aplauso. No acertó, ignorantes, dice, haciendoles callar S. Agustín, que es quien lo refiere. (*S. Agust. l. 13. de Civ. c. 3. It. Conc. 2. in Ps. 32.*) No acertó, que no todos tienen siempre estos pensamientos: muchos havia allí, que ni tendrían que vender, ni que comprar; muchos, que por conseguir una alhaja de su estimacion no reparan en que sea cara; y muchos tambien, que como compran para no pagar, se les dá muy poco del precio: que por esso quizá se dixo: El codicioso, y el tramposo presto se conchaban. Luego no à todos les adivinó el pensamiento.

Ahora; ¿mas que yo mejor os lo adivino? Pues mirad, todos deseais ser bienaventurados, conseguir el descanso, la quietud, y el gusto: ninguno quiere ser desdichado. *At si dixisset* (corrige Agustín) *omnes beati esse vultis, miseri esse non vultis, dixisset aliquid, quod nullus in se non agnosceret.* ¿No es así, Fieles? Hay alguno en todo mi auditorio; qué digo? Hay alguno en todo el mundo que no tenga estos deseos, estas ansias? Id preguntando uno à uno: ¿Soldado, qué buscas por tantos peligros? Tener despues descanso en la paz. ¿Navegante, qué bus-

buscas por tantos riesgos? Tener descanso alguna vez en mi casa. Oficial, Mercader, Labrador, hombre, muger, ¿qué buscas con el afán, con la diligencia, con la fatiga, con el cuidado? Qué buscas, qué deseas, qué quieres? El descanso, la conveniencia, el gusto: ese es el fin à que corren como lineas, buscando el centro, todos los cuidados de los hombres. ¿Pero quién en el mundo lo consigue? ¡Oh, Dios! Respondame uno solo de mi auditorio: qué digo de mi auditorio. Respondame uno solo del mundo. ¿Hombre, tienes cabal descanso, estás del todo contento? No tienes yá nada, nada que desear? Quién me responde? Quién ha de responder, si un Alejandro, Señor de todo un mundo, porque solo en relacion le faltaba otro, se pone afligido à llorar? ¿Pues valgame Dios! Este descanso cumplido, esta quietud entera, este gusto cabal, si todos lo buscan en el mundo, cómo no hay, ni ha havido en el mundo ninguno que lo halle? Yo os lo diré, dice S. Agustín, aun mas de experimentado, que de sabio, en el Libro de sus Desengaños, que él llamó Confesiones: (*L. 4. Conf. c. 12.*) *Non est requies ubi queritis eam: querite quod queritis; sed ibi non est ubi queritis.* ¿Sabeis por qué no hallais el descanso? Porque lo buscáis donde no está. El enfermo no envia por las medicinas à la platería, no, sino à la botica. El que busca una pieza de plata, vá à preguntar por ella en la botica? No viene à la platería? Pues si cada cosa se busca en el lugar donde está, si buscáis el descanso donde no está, ¿qué descanso queris? Buscadlo, buscadlo, no os digo que no busqueis: *Querite quod queritis*; pero sabed, que no está donde lo buscáis. Pues si lo hemos de buscar, ¿dónde está ese descanso, para que allí buscandolo lo hallemos?

Esta misma es la pregunta que hoy se nos sigue en el Catecismo: ¿Para qué fin fue criado el hombre? Oh, si la respuesta la pudiera yo gravar con una punta de diamante en todos nuestros corazones! Responde, pues, así: ¿Para amar, y servir à Dios en esta vida, y despues verle, y gozarle en la otra. Ese es nuestro fin: ¿ese es nuestro fin? Pues confieso, yo conozco que nuestro principio fue el mas vil, y el mas abatido del mundo: *Pulvis es*, somos polvo por nuestro principio; pero por nuestro fin, salga el Angel mas puro, salga el Querubín mas sabio; salga, salga el Serafín mas encumbrado, y digname si tienen fin mas noble, mas sublime, mas soberano. Hombres, para vér à Dios fuimos criados, para descansar en Dios, para poseer à Dios, para gozar de Dios. ¿Qué buscan nuestros deseos, si esto no buscan? ¿Qué solicitan nuestros cuidados, si esto no solicitan? No buscáis el descanso, la quietud, y el gusto? Pues el medio es servir à Dios en esta vida: todo lo demás es engaño. Venid à mí todos los que andais afligidos, que sois todos, os dice Jesu Christo. Venid à mí todos los que debaxo de la carga gemís afligidos al peso, que sois todos. Venid à mí, y yo os aliviare; tomad sobre vosotros el yugo de mi Ley, y hallareis el descanso: *Et invenietis requiem animabus vestris.* Puede ser el medio mas suave? No hay quien no pueda em-

prenderlo al punto. Si para entrar en el Cielo fuera menester ser Prelado, Principe, ó Monarca, podrían tener escusa los inferiores, los subditos, que no tenían medio para lograr tan alto fin. Si para vér à Dios fuera menester ser muy sabio, ser muy docto, quedariánse siempre en tinieblas los ignorantes, sin llegar à gozar de aquella luz inmensa. Si para llegar à poseer aquel Reyno eterno fuera menester las riquezas, pobres de los pobres, quedariánse entre sus gemidos, y las puertas del Cielo se les hicieran de diamante. ¿Pues qué medio basta para que podamos conseguir un fin tan alto? Qué diligencia para llegar à gozar aquel descanso eterno? Sola ésta, *servir à Dios en esta vida.* ¿Y esto fin distincion de persona? Sí, que si el pobre esclavo le ha servido, y el amo no ha guardado sus Mandamientos, el esclavo descansará en su eterno fin en el Cielo, y el amo padecerá fin fin en el Infierno. Si el plebeyo, si el abatido, si el pobre le han servido, se verán sublimados en la Corona; y el grande, y el poderoso, y el Monarca se verán en eterna infamia.

Dió, pues, Dios tan soberano fin sin distincion de personas, con igualdad à todos los estados, à todos los sexos, à todas condiciones de personas, para que no se engria el poderoso, viendo que el que ahora à sus puertas abatido le pide una limosna, que el pobre esclavo, que ahora tan humilde le sirve, será tan bueno, y tan glorioso como él en el Cielo, sino es que se le aventaje por sus obras en la gloria, para que no se aflija el pobre, el necesitado, y el enfermo, viendo que si él sabe lograr en el servicio de Dios esas temporales desdichas, le esperan felicidades eternas. Eso es quanto à las personas; ¿y en quanto à los medios para conseguirlo? Nada hay que nos estorve. Persuadamonos, oyentes míos; y esto no es piedad, sino fé, que todo quanto hay en el mundo, con todas sus criaturas, todos son medios, que nos previno Dios para conseguir nuestro fin, que es servirle, y gozarle. Quantas riquezas, y pobreza; quantas enfermedades, y saludes; quantas hermosuras, ó fealdades; quantas honras, ú deshonoras, todas son medios, ó para que el rico con sus riquezas le sirva, ó para que el pobre con sus necesidades le busque, ó para que el sano emplee en su servicio sus fuerzas, ó para que el enfermo logre con su paciencia sus dolores, ó para que el que se vé honrado, ajuste mas, segun sus obligaciones, sus obras, ó para que el que se ve abatido aliente sus procederes à ganar la honra eterna. Todos son medios, que nos ván encaminando à nuestro fin ultimo. ¿Pues qué nos falta para conseguirlo? Oh, Dios! Solo nuestro querer, solo nuestro querer.

Pensar esto, bastó para convertir aquel gran Cortesano, que refiere S. Agustín, (*Lib. 18. Conf. c. 6.*) era de los primeros en la familia del Emperador; y quando mas adelantado entre favores, y esperanzas, púsose à pensar en su fin. Valgame Dios! qué pretendo yo, qué busco con tan prolijas asistencias, desvelos, cuidados, y servicios? *Omnibus istis laboribus nostris quò ambimus pervenire?* Qué puedo